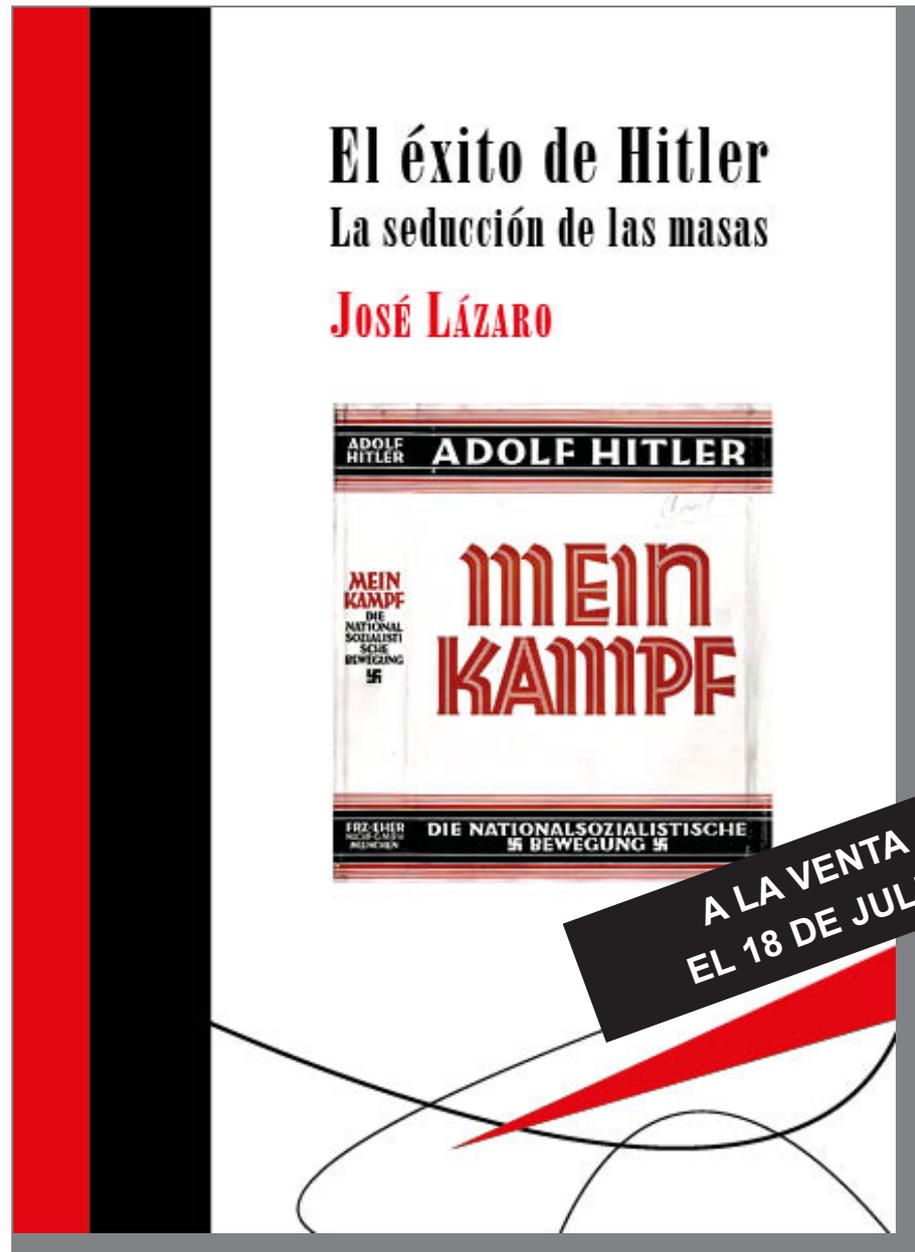


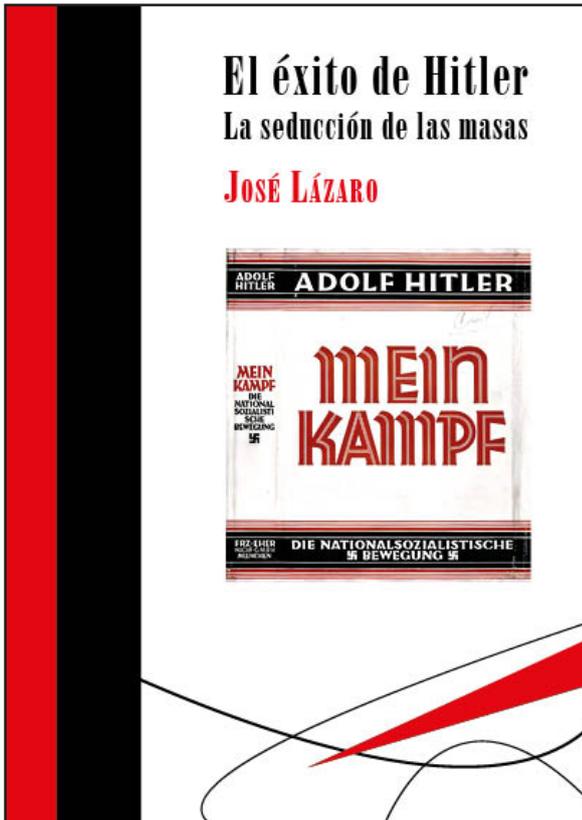
La primera parte de *Mein Kampf* se publicó el 18 de julio de 1925.

Su centenario es una buena ocasión para recordar lo que dice y las razones de su éxito demoledor.



Para recibir un ejemplar de prensa
o realizar otras gestiones a efectos de promoción, contactar con:

triacastela@triacastela.com



Título: *El éxito de Hitler*

Autor: José Lázaro

Editorial: Triacastela

Colección: Biblioteca Deliberar, N.º 13

PVP: 16 €

Formato: 15x21 cm, rústica

Páginas: 160

ISBN: 978-84-17252-28-1

Se publican cada año docenas de libros sobre Hitler y el nazismo. Gran parte de ellos repite la misma pregunta: ¿cómo es posible que un pueblo culto y civilizado — como lo era el alemán hace noventa años— apoyase de forma entusiasta a uno de los mayores carniceros de la historia?

Este breve ensayo psicosocial sostiene que la pregunta es ociosa porque la respuesta es obvia: Hitler supo conectar perfectamente sus fracasos y frustraciones personales con los del pueblo llano. Sintonizó con pleno acierto las humillaciones que había sufrido en su juventud con las de una población aplastada por el tratado de Versalles, agraviada y explotada. Hizo llegar a sus compatriotas el mensaje que estaban deseando escuchar: «Se acabaron las humillaciones y las frustraciones. Vamos a ponernos en pie y a reclamar lo que es nuestro». Exactamente el mismo mensaje que dirigen a sus pueblos todos los líderes con vocación mesiánica. Todos: los de 1935 y los de 2025.

La primera parte de *Mein Kampf* se publicó el 18 de julio de 1925. Su centenario es una buena ocasión para recordar lo que dice y las razones de su éxito demoledor.



José Lázaro (La Coruña, 1956): Es escritor y profesor de Humanidades Médicas en el Departamento de Psiquiatría de la Universidad Autónoma de Madrid. Director de *Hedónica. Revista de Libros*. (<https://www.hedonica.es/>).

Autor de los libros:

— *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos* (2009). (Editorial Tusquets, Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias).

— *La violencia de los fanáticos. Un ensayo de novela* (2013).

— *Vías paralelas: Vargas Llosa y Savater. Un ensayo dialogado* (2020).

— *El contrato de prostitución conyugal: Catherine Robbe-Grillet* (2024).

— *El éxito de Hitler. La seducción de las masas* (2025).

Coautor, tras Cecilio de Oriol, de *El alma de las mujeres* (2017). Compilador y editor, entre otros, de *Encuentros con ¿Agustín García Calvo?* (2013) y *Diálogos con Ferrlosio* (2019).

En la actualidad trabaja sobre la medicina del placer, los géneros de la violencia, el enigma del masoquismo y otros temas englobados bajo el título general «Homo hedonicus: el orgullo y el deseo». (<https://joselazaro.eu/>).



ÍNDICE

Introducción: La transparencia del nazismo.

I. ASÍ HABLÓ ADOLFO HITLER

1. Un libro simplemente ilegible
2. La biografía edulcorada
3. La raza y la sangre
4. La ideología política
5. La necesidad de un líder fuerte
6. La conquista del espacio vital

II. TESTIGOS E INTÉRPRETES DEL NAZISMO

7. La llegada del profeta
8. En busca del carisma aplaudido
9. El viaje alemán de Chaves Nogales
10. Hermano Mann
11. Las profecías del biógrafo
12. Cartas de amor a Hitler
13. Eichmann el kantiano
14. Miradas retrospectivas
15. Las polémicas de los historiadores

Conclusión: La fuerza del resentimiento

Bibliografía

Índice onomástico

Nosotros somos el pueblo elegido
No se puede hacer tortilla sin romper algunos huevos

Proletarios de todo el mundo: ¡Uníos!

Deutschland über alles

¡No pasarán!

¡España, Una! ¡España, Grande! ¡España, Libre!

¡Patria o muerte! ¡Venceremos!

Unos tienen que mover el árbol para que otros recojan las nueces.

Espanya ens roba

¡Sí, se puede! ¡Sí, se puede!

Make America Great Again



INTRODUCCIÓN

LA TRANSPARENCIA DEL NAZISMO

Mi amiga alemana Karen Sesemann (que se casó con el psiquiatra español Antonio Colodrón) nació en 1937. Tuvo la suerte de haber sido trasladada a un pequeño pueblo —donde nadie la molestó— poco antes de que las tropas soviéticas entrasen en Berlín. Pero a los ocho años una niña es consciente de lo que está pasando en su entorno.

—Y a los cinco también, yo recuerdo con horror el sonido de los aviones bimotores cuando bombardeaban Berlín, todavía me pongo enferma cuando escucho el ruido de un avión.

—Karen, tu padre participó en la guerra como oficial del ejército alemán, ¿qué contaba después sobre aquella experiencia?

—Nada. Nunca le oí decir una sola palabra. Pero al poco tiempo de acabar la guerra nos abandonó y tampoco tuve más ocasiones de hablar con él. Era catedrático de Psicología. No sé si militó en el partido nazi, probablemente sí, porque era un trepa, cambiaba de camisa según soplaste el viento. Yo me llevaba muy mal con él, es lógico que no me contase nada de la guerra.

—Pero, a finales de los años treinta, ¿qué parte del pueblo alemán apoyaba realmente a Hitler?

—La inmensa mayoría. La gente empezó a tener trabajo, a ganar dinero. Se convencieron de que con Hitler en el gobierno se estaba reconstruyendo Alemania, tras la ruina que había supuesto el final de la Primera Guerra. A los chavales les encantaba desfilar, con los tambores y las banderas, se sentían importantes. Fue una explosión de orgullo nacional, una sensación de euforia... Excepto para los judíos y los comunistas, claro, y algunos más que no estaban de acuerdo con el régimen; pero no se atrevían ni a rechistar, tuvieron que callarse como muertos. Bueno, claro, también había mucha represión y muchos muertos en sentido literal.

—Pero un par de años después de la guerra, cuando tú tenías diez de edad, ¿qué parte del pueblo alemán apoyaba el plan de los aliados para restaurar la democracia?

—La inmensa mayoría. Siempre pasa lo mismo, y es lógico, en una guerra o en una situación de miseria lo importante, la primera necesidad, es sobrevivir; todo lo demás es secundario. La inmensa mayoría defiende al que en cada momento le da de comer, le garantiza un lugar donde vivir, le protege de la violencia y de la miseria. Ocurre en todas partes, necesitas comida, necesitas trabajo y en tu fuero interno piensas que están ocurriendo salvajadas, pero en medio de las salvajadas hay que sobrevivir.

*

Los españoles de cierta edad recordamos todavía la muerte de nuestro chaplinesco imitador de Hitler. A los ocho o nueve años le pregunté a mi padre: «¿Y cuando se muera Franco, qué va a pasar?». La respuesta llegó en un tono que encogía cualquier corazón infantil: «Ay, hijo mío, eso no lo sabe nadie». En muchas casas, familias acongojadas recordaban, el 20 de diciembre de 1975, los horrores de la Guerra Civil, se preguntaban por lo que iba a ocurrir a continuación, empezaban a temer por el pisito, el cochecito y las vacaciones que habían empezado a disfrutar en los años sesenta. Durante varios días, interminables colas de españoles desfilaron respetuosamente ante el féretro del que algunos llamábamos «Su Excremencia». El apoyo a todos los referendos convocados por el dictador había sido masivo. Tan masivo como el entusiasmo con que poco después de su muerte fue aprobada la ley que echaba abajo su Régimen y lo sustituía por una democracia constitucional que logró hacer realidad —mucho mejor de lo que entonces era previsible— las ideas políticas que Franco detestaba.

Hay razones para sospechar que las ideologías son recursos que manejan, con más o menos éxito, los responsables de *marketing* en esas mezclas de empresa, ejército e iglesia que se llaman «partidos políticos». La inmensa mayoría que mencionaba mi amiga Karen, de forma puramente pragmática o vaporosamente ideologizada, apoya siempre al líder que tiene suficiente poder para gratificar su orgullo y satisfacer sus deseos.

Fueron inolvidables las escenas de los primeros berlineses que atravesaron en 1989 el muro recién caído y se encontraron a un pelotón de periodistas con los micrófonos en ristre. «¿Qué esperan ustedes encontrar en el mundo capitalista?». «Neveras, televisores, Marl-

boro». «Bueno, ya, claro, pero también les ilusionará la democracia, la libertad de expresión, las elecciones...». «Sí, claro, son cosas estupendas, pero primero nosotros queremos neveras, televisores, Marlboro...».

*

Es difícil de entender que se sigan publicando libros y más libros sobre la pregunta de siempre: ¿cómo es posible que un pueblo culto y civilizado como lo era el alemán en los años treinta apoyase de forma entusiasta a uno de los mayores carniceros de la historia?

Lo asombroso es que se siga planteando esa pregunta, y se le sigan dando respuestas de los más variados tipos. Sería interesante cambiar el punto de vista y plantear que la respuesta es evidente. Hay que evocar, de entrada, el enorme prestigio y el inmenso apoyo que recibieron los grandes «héroes» históricos de sus respectivos súbditos mientras duraron los días de gloria (e incluso después en la gigantesca historiografía narcisista de todas las naciones que fueron dueñas de un imperio, más o menos efímero): Alejandro de Macedonia, Julio César, Carlomagno, Felipe II, Napoleón, Stalin...

Hitler manejó con gran habilidad los mecanismos personales y sociales básicos de los alemanes en los años treinta; exactamente los mismos que actúan en todo ser humano. Usó el poder para suplir sus carencias personales y también las de su pueblo, dando a la vez satisfacción al deseo y al orgullo —personal y colectivo— que habían sido humillados en 1918, tras la capitulación. Por eso podríamos llegar a decir —metafóricamente, por supuesto— que Hitler le hizo una psicoterapia grupal a los alemanes: en 1933 cogió una comunidad deprimida y explotada, tras haber sido derrotada y humillada; la convirtió en un pueblo potente y orgulloso de sí mismo; logró elevar su autoestima y estimular sus deseos hasta tal punto que en 1940 los lanzó a la conquista del mundo, con las consecuencias por todos conocidas. Prolongando la metáfora médica y psicológica, se puede plantear que construyó con sus heridas personales —y las sociales de su pueblo— un discurso seductor de las masas. Las curó con tal éxito que llegó a ser explosivo. La explosión arrasó Europa. Si comparamos la situación depresiva y ruinosa del pueblo alemán tras el final de la Gran

Guerra (y la aplicación del tratado de Versalles) con la estrictamente personal de Hitler en la misma época, es fácil ver la simbiosis fatal que se produjo.

Como otros líderes carismáticos (por ejemplo, Nelson Mandela) Hitler superó la experiencia de la cárcel y desarrolló la capacidad de seducir a las masas hasta alcanzar el máximo poder en su tierra. Fascinó a su pueblo y lo arrastró hacia el abismo. Nelson Mandela, por el contrario —las comparaciones siempre deben incluir los elementos comunes y los diferenciales—, logró transformar de forma muy positiva la sociedad sudafricana. Ambos habían empezado liderando una pandilla de pistoleros. Son las dos caras, opuestas, de una misma fuerza, una habilidad, un talento que es capaz de mover muchedumbres y lanzarlas en un sentido o en otro.

Los mecanismos básicos que explican el idilio de Hitler con los alemanes de su época son los mismos que actúan en todos los miembros de la especie humana. La peculiaridad que el nazismo ofrece a la hora de estudiarlos es que la forma extrema en que se manifestaron hace que resulten especialmente transparentes para cualquiera que los observe sin anteojeras ideológicas.

*

Este breve texto no es una obra de investigación, pero tampoco de divulgación. Maneja una bibliografía básica y accesible, recoge planteamientos teóricos que están depositados en las bibliotecas. Su objetivo es poner en relación algunas cosas ya conocidas para tratar de explicar las razones por las que sigue repitiéndose una pregunta cuya respuesta parece bastante obvia: Hitler fascinó al pueblo alemán porque logró convencerlo de que podía satisfacer su orgullo y sus deseos.



CONCLUSIÓN

LA FUERZA DEL RESENTIMIENTO

Durante el tiempo en que ejerció el poder, Hermann Göring, el destacado lugarteniente de Hitler, amasó una gran fortuna. Se hizo construir un pabellón de caza imperial en Prusia y acumuló en varias mansiones una colección de arte que llegó a tener más de mil pinturas, doscientas cincuenta esculturas, un centenar de tapices, doscientos muebles antiguos, setenta y cinco vidrieras, sesenta alfombras persas o francesas... Entre las joyas de su colección había obras de Brueghel, Rubens, Tiziano... Algunas las pagó —a bajo precio—, otras las recibió como «regalos» o acabaron en sus manos tras ser confiscadas a sus propietarios judíos. No se privó de ningún lujo, pero tampoco fue parco en excentricidades: recibía a los visitantes de sus mansiones con un cachorro de león en brazos (que el zoo de Berlín le cambiaba por otro recién nacido cuando empezaba a ser peligroso); se presentaba ante ellos vestido como un maharajá oriental, con una túnica de seda blanca como la del Dux de Venecia o con la toga de un emperador romano. Solía cubrirse de joyas y se pintaba de rojo las uñas y los labios. Si Hitler era insaciable a la hora de recibir honores, Göring no lo era menos a la de satisfacer sus deseos materiales. Si el Jefe cubría sus necesidades económicas con los derechos de autor, el lugarteniente mostraba una avaricia infinita: de los polos que estamos explorando en el estrato más primitivo de los humanos, uno estaba claramente dominado por el orgullo y el otro por el deseo. (Evans, 2024: 141-165; Gallego, 2006: 235-265).

*

En su conocido libro *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, Pinker se refiere también a la polémica sobre el papel que tuvo la personalidad de Hitler en la historia del nazismo. Sostiene que las peculiaridades personales de un líder son condición necesaria, pero no suficiente, para que un proceso histórico se produzca. A veces parece clara la causa de un determinado hecho, pero profundizando se des-

cubre todo un complejo entramado de concausas más o menos ocultas. Algunas de ellas refuerzan o contrarrestan otras; algunas que al principio parecen insignificantes resultan ser decisivas posteriormente. Las aproximaciones científicas logran explicar en ocasiones parte de un entramado causal, pero la complejidad de lo real siempre es mucho mayor que esas aclaraciones parciales. Pinker afirma que «junto con todas las corrientes ideológicas, políticas y sociales que pusieron el mundo en peligro en la primera mitad del siglo XX, esas décadas también sufrieron una racha de muy mala suerte» (2011: 288). Sin Hitler no habría habido un holocausto como el que hubo, pero sin las condiciones económicas, sociales e históricas que le permitieron hacer lo que hizo, probablemente Hitler no hubiera pasado de ser un pobre diablo.

Pinker analiza la forma en que la personalidad de tres líderes (Hitler, Stalin y Mao) marcó la historia europea del siglo veinte, pero no ignora todo el entramado de factores muy diversos que permitieron a esos tres sujetos, con el tipo de carácter que tenían, hacer los disparates que hicieron. Aquí volvemos a encontrar dos cuestiones cuya importancia hay que resaltar una y otra vez: la tendencia a creer en explicaciones simples de realidades complejas y los deslizamientos sutiles entre las cuestiones personales y los fenómenos grupales. Planteamientos equilibrados, como los de Kershaw o Evans, nos recuerdan que los tentadores ejercicios de pscohistoria son muy peligrosos, y casi nunca se puede demostrar si son ciertos o falsos. Pueden tener sentido, aunque no sean verificables. Según Torrente Ballester, el peluquero de la calle Real en Ferrol aseguraba a sus clientes que Franco tuvo que hacer la guerra civil porque era la única manera de cumplir el sueño de su vida, como efectivamente hizo en cuanto la ganó: ponerse el uniforme de Almirante de Marina (al que solo pudo acceder convirtiéndose en Generalísimo de los tres ejércitos) y entrar en la ciudad desfilando bajo los aplausos de sus vecinos de toda la vida.

Los historiadores profesionales suelen echar pestes de este tipo de explicaciones que, aludiendo a Pascal, llaman despectivamente «la tesis de la nariz de Cleopatra»: el atractivo que le daba a su rostro enloqueció de amor a Julio César y a Marco Antonio, determinando con ello la historia del mundo antiguo: «quien quiera comprender plenamente la vanidad humana solo ha de considerar las causas y efectos del amor. (...) Si la nariz de Cleopatra

hubiese sido más corta, toda la faz de la Tierra sería distinta», asegura el autor de los *Pensamientos* (1669: 118).

El bien ganado desprestigio de la psichistoria, simbolizado en las burlas contra la importancia de la nariz de Cleopatra, se debe a su minusvaloración del complejísimo entramado económico, social e histórico sin el que las cosas no pueden ser como son. Pero el fracaso, igual de merecido, de la pura historia social, se debe a la ceguera de sus partidarios frente al decisivo factor humano que puede disparar la nariz de Cleopatra.

Puede que los ejemplos históricos concretos no tengan más valor que el de ilustraciones. Pero la dinámica del orgullo y el deseo en la conducta humana es un tema que conserva toda su importancia.

*

Un hombre fracasado, un pueblo humillado. Las heridas al orgullo y la frustración de los deseos engendran un tipo de rencor crónico que puede convertirse en la palanca capaz de mover el mundo: se denomina resentimiento. Chaves Nogales lo vio con claridad y lo expresó ya en 1933 al concluir la última de sus crónicas:

A pesar de todo, no hay que despistarse; de verdad, de verdad, Hitler no era más que un pintor que no sabía pintar, un artista sin talento. Como no acertó a pintar un cuadro discreto, se tuvo que poner a construir un imperio, una *Weltanschauung*, como él dice. Será todo lo que quiera: líder, *Führer*, canciller regente, emperador; pero la verdad de su alma es que lo que él quería ser era pintor y no tuvo talento bastante para serlo. Si en vez de rechazarlo en la Academia de Pintura de Viena por malo y empujarlo a tener que pintar puertas para ganarse la vida le hubiesen comprado unos cuadritos y le hubiesen publicado unos sueltos encomiásticos en los periódicos, no hubiese habido tal Hitler. Esto, que parece casi una blasfemia, es perfectamente posible. (Chaves Nogales, 1933: 125-126).

Es difícil exagerar la importancia del resentimiento que a todos nos empuja. El resentido siente que arrastra heridas profundas en una o en las dos piernas que le sostienen: el

orgullo y el deseo. Nadie ha dejado de recibir agravios de ese tipo a lo largo de su vida, pues nadie ha estado libre de dolorosas humillaciones y frustraciones. Pero al resentido se le ha infectado la herida y el pus que supura ha ido invadiendo su vida entera. Si todos almacenamos en el sótano del alma agresiones y decepciones oxidadas, los que llamamos «resentidos» son los que las padecen de forma especialmente manifiesta y transparente.

El auténtico resentido se siente maltratado, dolorido, fracasado; sufre de forma crónica el dolor de sus cicatrices; no comprende por qué la vida ha mostrado tanta crueldad contra él; ve muy clara la perversidad de los demás, pero no sus propias limitaciones; cada fracaso incrementa su amargura; se lame las heridas noche y día, pero no logra aliviarlas; nunca olvida una ofensa y ninguna compensación le parece suficiente; un sentimiento normalmente efímero se convierte para él en resentimiento eterno, no por la gravedad del hecho sino por la peculiaridad de su carácter; se asombra de que la realidad no coincida con sus deseos; no se explica el escaso interés que su existencia despierta a sus semejantes; acumula rencor contra los que le han beneficiado porque transforma de inmediato la gratitud debida en otra carga de veneno; busca el favor de los que tienen capacidad para ayudarlo en su sed de venganza, pero les devuelve odio si no ve inmediatamente saciada esa sed insaciable; sospecha que todos se han aliado para conspirar contra él, las casualidades no existen; es incapaz de metabolizar las decepciones y busca un reconocimiento infinito; es suspicaz y fácil de ofender pero desconoce la autocrítica; si los agravios reales no son bastantes, inventa otros; obsesivamente centrado en sí mismo, le son invisibles los males ajenos; se muestra antipático ante los demás y no entiende que es su propia antipatía la que provoca la reacción hostil del prójimo; cuando tiene éxito se reafirma en su postura y cuando fracasa, lógicamente, también; nunca olvida, no perdona, nada ofrece; su capacidad de amar es tan escasa como su generosidad o su nobleza. Y, desde luego, no puede soportar el espectáculo de que otros reciban las satisfacciones y placeres que él es incapaz de obtener. (Burrin, Bustos, Ferro, Marañón, Nietzsche, Scheler, Strawson...).

No tiene nada de extraño que las masas estén siempre dispuestas a aclamar al que sabe decirles lo que desean escuchar, que generalmente es más o menos lo mismo y que se puede sintetizar así:

No estamos mal por ser inferiores, estamos mal a pesar de que somos una raza superior, un pueblo elegido. Hemos sido traicionados, agredidos y aplastados por el Enemigo [que casi siempre es un vecino]. Nos han robado lo que nos pertenecía, nos están explotando y humillando. Pero no se lo vamos a seguir permitiendo. Nosotros somos los mejores, los más fuertes, los más puros, los más sanos. Vamos a ponernos en pie, a utilizar nuestra fuerza y a demostrar a todos esos miserables que nos rodean lo que somos capaz de hacer. Vamos a recuperar nuestro orgullo y a satisfacer nuestros deseos porque podemos y queremos hacerlo. Tenemos la voluntad y la fuerza necesarias.

Este es, de forma más o menos explícita, el mensaje que todos los líderes con vocación autoritaria (¿hay algún líder auténtico que no la tenga?) transmiten a sus seguidores.

Todos: los de 1935 y los de 2025.



Colección Biblioteca Deliberar

triacastela@triacastela.com
www.triacastela.com

junio 2025
